

**TEMA GENERAL:
LA VIDA QUE VENDE SEGÚN SE PRESENTA
EN EL CANTAR DE LOS CANTARES**

Mensaje uno

**Vencer en la primera etapa
(1)**

Vencemos amando al Señor para cumplir Su propósito

Lectura bíblica: Cnt. 1:1-4; Jn. 14:21, 23; 21:15-19

- I. En El Cantar de los Cantares, todos los principios espirituales están presentes en la primera etapa de la vida vencedora que lleva la que busca al Señor; las lecciones posteriores no son nuevas, sino viejas lecciones repetidas en mayor profundidad—1:1; Col. 2:6:**
- A. La regeneración trae a nuestro ser el gene de Dios; todas las experiencias de nuestra vida cristiana están en este gene—1 Jn. 3:9; Mr. 4:26.
 - B. En principio, toda experiencia espiritual elevada que se presenta en El Cantar de los Cantares ya es nuestra, pues está en el gene de Dios, en la vida de Dios, la cual nos ha sido impartida y crecerá en nosotros—Ro. 8:10; Col. 2:19.
- II. La vida es una persona, Cristo mismo, y no hay otra forma de disfrutar a esta persona que amarla—Mr. 12:30:**
- A. Si amamos al Señor al máximo, disfrutándolo durante el día como el árbol de la vida, de inmediato la iglesia, sin importar cuál sea su condición, será para nosotros un paraíso—Ap. 2:4, 7.
 - B. Puesto que el Señor, nuestra vida, es una persona, debemos tener contacto con Él; en todo momento necesitamos tener la presencia presente, la persona presente, de Cristo, independientemente de cuánto lo hayamos experimentado y disfrutado en el pasado—Jn. 8:12; Fil. 3:13-14.
 - C. Juan 14:21 y 23 nos muestran que el Hijo se manifiesta a aquel que lo ama y que el Padre viene con Él para hacer Su morada con el que ama al Hijo:
 - 1. Debemos amar al Señor Jesús y decirle: “Señor Jesús, te amo”; al expresarle nuestro amor, Él se manifestará a nosotros, lo cual significa que al tener comunión con Él disfrutamos la presencia de Aquel que amamos.
 - 2. Si amamos a Jesús, Jesús nos amará y el Padre también nos amará; cuando el Hijo se manifiesta a nosotros, el Padre viene con Él y hace morada con nosotros para nuestro deleite—cfr. 1 Co. 2:9-12.
 - D. Nuestro amor hacia el Señor comenzó a raíz de haber recibido una visión de Su persona; no podemos seguir adelante sin antes recibir algún conocimiento nuevo del Señor y sin recibir una nueva visión de Su persona—Hch. 26:14-19; 2 Co. 4:6-7; Fil. 3:8-10a, 13; cfr. Dt. 4:25.
- III. Nuestra relación con el Señor debe ser personal—Cnt. 1:4a:**
- A. Debemos seguir el modelo de Abraham, quien era amigo de Dios con miras al deseo de Dios—2 Cr. 20:7; Is. 41:8; Jac. 2:23; Gn. 18:1-33.
 - B. Debemos seguir el modelo de Moisés, quien fue compañero de Dios con miras a los intereses de Dios—Éx. 33:11.
 - C. Debemos seguir el modelo de David y Asaf, quienes buscaron el resplandeciente rostro de Dios en y para la casa de Dios—Sal. 27:4, 8; 80:3, 7, 14-19.

- D. Debemos seguir el modelo del Señor Jesús, quien incesantemente vivió en la presencia de Dios; a cada momento Él veía el rostro de Su Padre—Hch. 10:38c; Jn. 8:29; 16:32.
- E. Debemos seguir el modelo de Pedro, cuyo amor por el Señor le fue restaurado para que pastoreara las ovejas del Señor y siguiera al Señor hasta sufrir el martirio, sin manifestar ninguna confianza en su propia fuerza natural—21:15-19; Mr. 16:7.
- F. Debemos seguir el modelo de Pablo, quien fue constreñido por el amor de Cristo para vivir en la persona de Cristo como un embajador Suyo a fin de serle agradable—2 Co. 2:10; 5:9, 14, 20.

IV. Nuestra relación con el Señor debe ser afectuosa—Cnt. 1:2:

- A. El Señor que mora en nosotros es nuestro Padre, y la gracia es nuestra madre—Ro. 8:15-16; Gá. 4:24-26; Is. 66:12-13.
- B. El Señor que mora en nosotros es nuestro Esposo—Mt. 9:15; 2 Co. 11:2.
- C. El Señor que mora en nosotros es nuestro Hermano—Jn. 20:17; Ro. 8:29.
- D. El Señor que mora en nosotros es nuestro Amigo—Mt. 11:19; Jn. 15:12-17.
- E. El Señor que mora en nosotros es nuestro Consejero—Is. 9:6.
- F. El Señor que mora en nosotros es nuestro Abogado—1 Jn. 2:1.
- G. El Señor que mora en nosotros es nuestro Consolador—Jn. 14:16; 16:13.
- H. El Señor que mora en nosotros es nuestro Pastor—Sal. 23:1; 1 P. 2:25.

V. Nuestra relación con el Señor debe ser privada—Cnt. 1:4b:

- A. Debemos tener contacto con el Señor privadamente de una manera secreta, definitiva y prevaleciente, abriendo todo nuestro ser a Él para recibir Su iluminación e infusión—Mt. 6:6.
- B. La ocupación más elevada en la tierra consiste en pasar tiempo con Dios, recibiendo Su infusión a fin de que Dios resplandezca por medio de nosotros y lo irradiemos—Éx. 33:11; 2 Co. 3:16, 18; 4:1; cfr. Mt. 14:23; Mr. 1:35; Lc. 5:16; 6:12; 9:28.
- C. Debemos experimentar y disfrutar a Cristo como nuestro escondedero, como nuestra morada y como el secreto de nuestra suficiencia—Sal. 31:20; 90:1; 91:1; Fil. 4:13.

VI. Nuestra relación con el Señor debe ser espiritual—Cnt. 1:4b:

- A. Cristo nos visita espiritualmente porque Él es el Espíritu vivificante que mora en nuestro espíritu; nuestro espíritu es el Lugar Santísimo, las cámaras del Cristo pneumático, quien es el Señor de señores y el Rey de reyes—1 Co. 15:45; Ro. 8:16; 2 Ti. 4:22.
- B. Si hemos de tener contacto con Cristo y disfrutarlo en beneficio de Su Cuerpo, debemos ejercitar nuestro espíritu mezclado—Ef. 1:17; 2:22; 3:5, 16; 4:23; 5:18; 6:18.

VII. Nuestra relación personal, afectuosa, privada y espiritual con el Señor hace que lo amemos con miras a Su propósito, lo cual nos conduce a la vida de iglesia donde podemos ser transformados y perfeccionados a medida que el Dios Triuno se forja en nuestra constitución intrínseca para que sea edificado el Cuerpo de Cristo, cuya consumación será la Nueva Jerusalén—Cnt. 1:7-11; Ef. 4:11-12; 1 Co. 3:12a.